

e independiente de la experiencia, es forzosamente matemática y absoluta». Precisamente esta idea del comportamiento matemático de los fenómenos naturales, posibilita que una vez encontradas las relaciones existentes a través del análisis, sea posible enunciar leyes normativas. Hasta ahora todo muy positivista y acorde con los esquemas históricos circulantes sobre nuestro autor. Como en el caso anterior, el método laíniano permite profundizar en las apariencias y presentarnos un Claudio Bernard complejo y contradictorio que rompe con el simplismo de la definición tópica de «hombre del positivismo». De nuevo el concepto de naturaleza es la clave del problema. En este caso el hilo conductor para llegar al núcleo del supuesto es el análisis de lo que Claudio Bernard llama «idea directriz». Para ello realiza una penetración en la intención de su creador, según los tres aspectos que pueden distinguirse en sus dispersas y fragmentarias explicaciones del tema: un aspecto figurativo, otro operativo y otro entitativo.

La idea directriz aparece como un *dessin idéal*, como un «dibujo preestablecido», repite en otra parte. El huevo es, por tanto, y simultáneamente, un *devenir* y un recuerdo «evolutivo» del ser de que procede; memoria y prospección biológica. De todo ello puede deducirse claramente una vuelta a las doctrinas preformacionistas, después del epigenismo romántico. Pero su preformacionismo no es comparable al de los siglos XVII y XVIII y frente al inclusionismo material y aun mecánico de éstos, la idea de Claudio Bernard es más profunda, «acaso influido por la morfología idealista, es una tesis metafísica». «El pensamiento de Claudio Bernard —remacha el profesor Laín en una nota— está más próximo al *archeus faber* de van Helmont que al *animáculo* preformacionista.»

La idea directriz posee también una esencial dimensión operativa: es «idea» en cuanto «dirige». Cualquier movimiento de los seres vivos es ejecutado por procesos físicos y químicos pero la «propiedad evolutiva del huevo —dice Bernard—, que producirá un mamífero, un pájaro o un pez, no es cosa de la física ni de la química». En otro lugar concluye el fisiólogo categóricamente: «Hay en el fenómeno vital... dos órdenes de causas: en primer término, una causa primera, creadora, legislativa y *directriz* de la vida, inaccesible a nuestros conocimientos; en segundo término, una causa próxima o *ejecutiva* del fenómeno vital, que siempre es de naturaleza físico-química y cae bajo el dominio del experimentador». ¿Debemos resignarnos, entonces, a la mera enunciación de la idea directriz, a declarar que el biólogo necesita admitir la entidad a que ese nombre se refiere? Si el biólogo fuese lo que el positivismo pretende, la contestación tendría que ser afirmativa, pero Laín ya ha indicado anteriormente al analizar la idea *a priori*, que en el positivismo de Claudio Bernard pueden encontrarse no pocos elementos románticos. Siguiendo el estudio en profundidad, llega a la fórmula que permite definir la actitud intelectual del fisiólogo francés ante el problema: «la metafísica, enseña el gran fisiólogo, “es necesaria a nuestro espíritu”, aunque por sí misma no sea capaz de resolver un solo problema científico; y, por otra parte, la vida, que “se refiere al mundo *físico*, está sumergida en el mundo *metafísico*”. Estas son las hondas razones por las cuales Claudio Bernard, sin ser filósofo, más aún, queriendo no serlo, desgrana acá y allá ideas o expresiones sueltas acerca de la realidad de la idea directriz». La idea directriz, es pues y en último extremo una «fuerza metafísica» en el triple sentido que utiliza Bernard este término: el orbe de las que él llamada causas primeras; las construcciones racionales de nuestro espíritu para entender la realidad; y la realidad

de un espíritu contrapuesto a la materia y a la mecánica. El análisis detallado de Laín, permite ahora entender que la idea directriz sea, en el pensamiento de Claudio Bernard, las tres cosas al mismo tiempo.

Pero el elemento determinante de toda esta compleja actitud, se reduce en último caso al «supuesto naturaleza». Por ello, cuando Laín puede, por fin, aclarar este problema nuclear en la obra de Bernard, nos ofrece la síntesis que nos hará comprender la coherencia de elementos tan diversos. Comienza manifestando una de las facetas menos positivistas en nuestro hombre: su indiscutible naturalismo. Replanteando la cuestión del método, después de haber estudiado la idea directriz afirma: «Otra razón obliga al fisiólogo a la humildad. Además de no poder pasar del *cómo* al *por qué*, el experimentador carece de toda posibilidad de crear: “no hace más que *realizar* condiciones nuevas, pero no *crear* nada ni en fuerza ni en materia”; no puede sino obedecer las leyes inmutables de la naturaleza. El médico, servidor de la naturaleza, había dicho el viejo Hipócrates y repite a su manera Claudio Bernard». ¿Pero qué es la naturaleza su manifestación en «idea»? La clave que utiliza Laín es el descifrar el concepto de «ley natural» ya que según el fisiólogo «las leyes de los fenómenos son en cierto modo las ideas de la naturaleza. Se desarrollan y manifiestan lógicamente por medio de fuerzas y materiales extraídos del depósito cósmico general». Esta idea de ley natural como *potencia creadora* de realidades nuevas, las cuales para Claudio Bernard «existen virtualmente en las leyes inmutables de la naturaleza» es la manifestación de una concepción de la naturaleza como un inmenso ser viviente, creador y ordenador. La idea de *Physis* de los antiguos helenos, y de macrocosmos en Paracelso y van Helmont, revive en lo más hondo del pensamiento cosmológico de Bernard, pero posiblemente más influido por la especulación biológica de la *Naturphilosophie* alemana de lo que en principio podría pensarse. No puede extrañar su coincidencia con ciertos puntos de vista de R. Virchow; o que una vez llame «instintos» a las regularidades de los fenómenos naturales.

El hombre científico que pasó por ser un producto típico del positivismo francés, ha sido despojado con el método lainiano de las apariencias y nos ha mostrado lo más profundo de su pensamiento, mucho más mestizo y vital que el de un brillante y frío investigador. La «fisiología misma» ha dado paso a la persona Claudio Bernard.

**Emilio Balaguer Perigüell**

